

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo transcurrido desde que se entregó por primera vez el premio Nobel de literatura en 1901, se han acumulado las preguntas de una forma que carece de equivalencia en los premios científicos. ¿Por qué Sully Prudhomme, Rudolf Eucken, Grazia Deledda y Pearl Buck? ¿Por qué no Tolstói, Ibsen, Proust, Kafka y Joyce? Tales catálogos pueden alargarse sin dificultad. A ello se añade otra suerte de preguntas. ¿Había una intención política detrás de la concesión del premio a Solzhenitsin? ¿Por qué hay tan pocos asiáticos premiados? ¿Por qué tan pocas mujeres? Y ¿por qué hubo una época en que la Academia Sueca apostó por candidatos populares como Sinclair Lewis y John Galsworthy para sorprender unos decenios más tarde con nombres como Isaac Bashevis Singer y Czeslaw Milosz, hasta entonces desconocidos?

La respuesta a tales preguntas está en un material que se guarda en el archivo de la Academia Sueca, declarado confidencial durante cincuenta años. Incluye, en primer lugar, las resoluciones que el comité Nobel ha presentado todos los años a la Academia ante el proceso de decisión, pero también propuestas, informes requeridos a expertos ajenos al círculo, correspondencia entre los miembros de la Academia, notas, etc. (Una parte del material se publicó

al mismo tiempo que este libro bajo el título de *El premio Nobel de literatura, candidaturas y dictámenes 1901-1950*.) A eso se añade, por mi parte, la experiencia del trabajo de la Academia con el premio desde 1982 y también, desde 1988, en calidad de presidente de su comité Nobel.

En un libro de 1986, *El premio Nobel literario*, traté —como indica el subtítulo *Principios y valoraciones que hay detrás de las decisiones*— de presentar las líneas maestras y las pautas de valoración que han sido decisivas en la praxis de la Academia Sueca. Si se estudian con atención, sobre todo los dictámenes del comité Nobel, aparecen rasgos de una ideología y una estética que explican muchas de las elecciones y rechazos que la posteridad ha cuestionado. Al mismo tiempo, se ve cómo cada época tiene su propio sello. La crítica de las decisiones de la Academia ha tratado, por lo general, la elección de premiados del siglo pasado como un todo relacionado, sin tener en cuenta los cambios en la composición de la Academia y la variación de la ideología y el gusto que esa renovación ha significado. Una observación más minuciosa impone una diferenciación y una matización muy distintas.

En realidad, la historia del premio de literatura aparece como un intento de interpretación de un testamento poco claro. Para orientarse, la Academia se ha basado, por un lado, en la instrucción general de Nobel del año 1895 para los cinco premios —que la recompensa se conceda a aquellos que durante el año anterior hayan «llevado a cabo el mayor servicio a la humanidad», y, por otro, su formulación específica para lo que a la literatura se refiere: el premio se concederá a quien «haya producido lo mejor en sentido ideal». La cuestión es qué significa «ideal» en este contexto. Hay que tener en cuenta, además, que Nobel parece haber escrito primero «*idealirad* (idealido)», con «*idealiserad* (idea-

lizado») en el pensamiento, pero se echó atrás ante el componente de embellecimiento de este estimulante concepto y cambió las últimas letras por «*sk*», *idealisk* (ideal)». Sture Allén, que ha investigado el tema, ha estudiado también el uso de la palabra «ideal» entre los contemporáneos de Nobel, entre ellos Strindberg, y ha llegado a la conclusión de que el testador quiso decir «orientada a un ideal»— y la esfera del ideal queda especificada por la disposición general de que el premiado haya hecho «el mayor servicio» a la humanidad.

La interpretación que Carl David af Wirsén y sus correligionarios hicieron del testamento durante los diez primeros años del premio entraña, como se demostrará en seguida, que la palabra «ideal» se ha asimilado al significado de «idealista» y se le ha conferido un contenido dogmático que Nobel jamás había previsto. En una dirección completamente diferente se interpreta el concepto en una carta de Georg Brandes. Él declara que le preguntó a Gösta Mittag-Leffler, gran amigo de Nobel, sobre el significado de la palabra y obtuvo la respuesta de que Nobel era anarquista y con el término de «idealista» se refería a aquello que adopta una posición polémica o crítica respecto a la religión, a la monarquía, al matrimonio, al orden social en general. Si esto fuera cierto, pondría patas arriba una praxis que ha durado decenios. Se habría concedido una serie de premios sobre unas bases equivocadas y otros candidatos comprometidos, ya desde Zola, se habrían rechazado en abierta contradicción con el sistema de valores de Nobel. Pero se trata de un dato de terceros, coloreado con toda probabilidad por la posición crítica hacia la Academia Sueca de quien escribió la carta, y dicha carta hay que tomarla con las reservas de rigor. Ello no impide que Brandes ponga de relieve de manera útil las limitaciones de Wirsén en la aplicación del tes-

tamento. Una interpretación dentro de la lealtad al trono, al altar y a las condiciones sociales de la época, se compadece mal con un testador que —para usar las palabras de Anders Österling en su panorámica histórica del premio— se ha apropiado del «idealismo utópico y el espíritu rebelde teñido de religiosidad» de Shelley y que además aborrecía radicalmente a los curas. Es fácil coincidir con el juicio de Knut Ahnlund sobre las intenciones de Nobel: cuando este hablaba de sentido ideal «dejaba seguramente más campo libre a las tendencias rebeldes e independientes que lo que entendían sus intérpretes, en la medida en que quisieran entenderlo».

Las otras disposiciones sobre el premio de literatura son más fáciles de interpretar. Es importante el carácter internacional del premio. Es «voluntad expresa del testador que en la concesión del premio no se preste la más mínima consideración a ningún tipo de pertenencia nacional de modo que el más digno obtenga el premio, sea natural de Escandinavia o no».

Pero las directrices del testamento tenían que precisarse. Ello ocurrió en los *Estatutos básicos de la Fundación Nobel* promulgados por Su Majestad en el año 1900, a propuesta de los comisionados por las instancias que conceden los premios. Salvo la aclaración de que es a la Academia Sueca a la que se hace referencia con la imprecisa formulación de la «Academia de Estocolmo», los estatutos aclaran el concepto de «literatura»: abarca no solamente «trabajos puramente literarios sino también otros escritos que por la forma de presentarse posean valor literario» (art. 2). La disposición abre el camino a historiadores y filósofos de dignidad literaria. Al mismo tiempo se suaviza entre otros, cosa que la opinión crítica suele pasar por alto, la limitación del testamento a trabajos realizados «durante el año anterior»: ello

debe entenderse, naturalmente, como «los últimos resultados» —trabajos más antiguos, se tendrán en cuenta «únicamente en el caso de que su importancia se haya puesto de manifiesto durante los últimos tiempos».

Hay una cláusula adicional importante en el artículo 4 de los estatutos: «El importe de un premio puede dividirse por igual entre dos trabajos que se consideren, ambos y cada uno de por sí, merecedores de premio». En el mismo contexto se abre la posibilidad de premiar póstumamente en el caso de que alguien «nombrado para recibir el premio» fallezca antes de recibirlo. Tiene también cierta relevancia la disposición del artículo 5 según la cual el importe del premio se reservará hasta el año siguiente si ninguno de los trabajos en estudio se considera «de la destacada importancia a la que el testamento obviamente se refiere». A continuación se dan reglas para la periodicidad (concesión del premio por lo menos una vez cada cinco años), la colocación del dinero en fondos, etc., que tienen un interés menor en una presentación orientada a las valoraciones que hay detrás del premio.

Sí significa bastante, en cambio, para el trabajo práctico la cláusula de que un «comité Nobel» formado por entre tres y cinco personas, tenga la misión de «dar su opinión» a, en este caso, la Academia Sueca. También es importante la disposición de que un candidato tiene que «ser propuesto por escrito por una persona competente para ello» antes del primero de febrero del año en curso. En un reglamento especial se establece que el derecho a proponer candidatos recae en los miembros de la Academia Sueca, en las Academias francesa y española, en miembros de clases humanísticas de otras academias, miembros de departamentos de Humanidades y asociaciones «equiparadas» con academias, así como «profesores de estética, literatura e historia en uni-

versidades y escuelas universitarias», lo cual se matiza más en el año 2001 señalando a «profesores en materias literarias y lingüísticas, etc». En 1949 se amplía el derecho a proponer a anteriores galardonados y a los presidentes de «asociaciones de escritores que sean representativas de la creación literaria en sus países».

Estos estatutos incluyen también directivas acerca de un Instituto Nobel dotado de una amplia biblioteca orientada a la literatura moderna, bibliotecarios y auxiliares y «en la medida en que sea necesario, funcionarios y ayudantes bien formados literariamente». En la última categoría aparecen en realidad los expertos que, en un principio, trabajaban fijos en el instituto. En los últimos tiempos, el Instituto Nobel ha perdido su importancia (y las directivas, finalmente, han desaparecido) mientras que la cuestión de los expertos se ha organizado de forma más flexible. La biblioteca Nobel, en cambio, ha resultado de gran importancia para el trabajo de la Academia.

Mi estudio requiere un par de salvedades. La fuente principal, los dictámenes del comité Nobel, esclarecen las valoraciones en un círculo limitado de la Academia. Una imagen más completa exigiría revisar analíticamente y sopesar la ideología y la concepción estética de todos los miembros, en su interacción tanto con las ideologías de los integrantes del círculo como con un, por el momento, contexto difuso.

A decir verdad, los dictámenes ni siquiera se pueden atribuir con seguridad a todo el comité. Hasta la década de 1970, que es cuando los integrantes del comité empiezan a dar sus opiniones individuales, son los presidentes los que resumen las opiniones del grupo de trabajo. Durante la época de Wirsén, ocurre que los otros miembros del comité exigen ver lo que él expone en su nombre (solo más adelante

dará cuenta él de las diversas opiniones). También su sucesor como presidente, Harald Hjärne, resume la opinión del comité, mientras que los informantes posteriores dan cuenta con más delicadeza de las distintas opiniones. Contra ello está que, con todo, el que escribe tiene que esforzarse por reflejar la intención general del comité. Si el escrito no responde a esa opinión, se producen opiniones reservadas. Las hay y constituyen una medida de la representatividad de los dictámenes. De la misma manera, la opinión del comité no puede discrepar de una clara concepción de la Academia sin que la propuesta sea desechada. Un indicador de lo bien que un informe acierta en captar la opinión de los Dieciocho¹ es, en último término, la abundante correspondencia entre ellos. Esa fuente confirma en sorprendente medida la imagen que proporcionan los papeles del comité de trabajo. Leídos con un mínimo de *common sense* —y en comparación con otras fuentes— los dictámenes del comité Nobel pueden así dar una idea razonable de las valoraciones que han guiado las decisiones de la Academia en cuanto a la concesión del premio.

Otra salvedad tiene relación con el secreto que hay que mantener durante cincuenta años. Es cierto que he tenido acceso a todo el material, pero no puedo citar propuestas, informes, cartas, discusiones, etc., del último medio siglo. Poder verlo todo y llevar una mordaza es, naturalmente, un desafío. Una ventaja inmediata es no verse obligado a ponerse a adivinar, a suponer y a referir rumores de la manera que ha caracterizado muchos comentarios al premio de literatura. A la vista del resultado, la verdad es que, en el material disponible, se pueden elegir los puntos de vista

¹ Los Dieciocho hace referencia al número de miembros que tiene la Academia Sueca (N. de la T.)

exactos, las combinaciones y los argumentos precisos que tienen relevancia y prescindir de los muchos hilos conductores engañosos. Ocurre con frecuencia que una declaración importante en un dictamen aparece de nuevo en un discurso al premiado, en una reseña o en una entrevista —y con ello se hace posible citarla. En muchos casos, también se encuentran datos importantes en la correspondencia que ha ido a parar a bibliotecas públicas sin el sello de confidencialidad; en ella hablan, pues, Anders Österling, Karl Ragnar Gierow y otros académicos con repentina franqueza de sus valoraciones personales y de las de la Academia, en tiempos bastante recientes. Como ejemplo, una carta de Dag Hammarskjöld a Österling de 1961, en la que, desde su punto de vista, señala posibles receptores del premio en la literatura de la época (véase Apéndice, pp. 341-349). Muchas veces, filtraciones e indiscreciones han permitido exponer datos reservados. Yo también —tras obtener un permiso especial— voy a referir algunas declaraciones de principio que son ciertamente secretas, pero que han aparecido de forma aproximada, en entrevistas por ejemplo. Aquí es importante dar una formulación correcta. En suma, todo esto significa que, a la imagen de los últimos 50 años, puede dársele una claridad y unos matices mucho más amplios de lo que las condiciones parecen permitir. En realidad, a mí no se me ha impedido en ningún aspecto esencial dar cuenta de la imagen correspondiente que surge de los materiales declarados secretos.

Después de aparecer la primera versión de este trabajo, la perspectiva se ha aclarado en una serie de puntos. Ello depende, en parte, como es natural, de que el material de quince años más ha dejado de ser confidencial y puede ser citado. Pero también han aparecido otras fuentes importantes, por ejemplo los recuerdos de Gunnar Jarring de la

discusión en torno a la candidatura de Solzhenitsin. Desde 1986 se ha perfilado también un acontecimiento nuevo e importante —la elección de autores desde Wole Soyinka hasta Gao Xingjian atestigua una orientación global nueva—. Esta nueva edición del libro viene a ser, pues, no solo una reelaboración del anterior, sino también una puesta al día. Por un lado sigue las líneas fijadas previamente hasta el día de hoy, y por otro determina los rasgos principales en un nuevo capítulo que apenas empezaba a sospecharse a mediados de la década de los 80. Pero, lo mismo que antes, lo que se enfoca son los principios y las pautas de valoración, los criterios que han presidido la manera de administrar la misión de Nobel por parte de la Academia.

KJELL ESPMARK,
Estocolmo, 2001

I. EL TRONO, EL ALTAR Y LA FAMILIA (1901-1912)

Cuando el poeta Carl Gustaf af Leopold pronunció en 1786 su discurso de ingreso en la recién fundada Academia Sueca, se dirigió a los «jueces legislativos de las bellas letras de Suecia» que un día quizá «llegarían a serlo de Europa». Poco más de un siglo después, en diciembre de 1896, esa misma Academia recibió el anuncio de una misión de este arriesgado nivel precisamente.

La reacción de la Academia Sueca ante el exigente testamento de Alfred Nobel no fue unánime. Dos de sus miembros, los historiadores Hans Forssell y Carl Gustaf Malmström, se pronunciaron decididamente en contra de aceptar la donación. Malmström temía que esa función restaría interés a las tareas reales y convertiría la Academia en «un tribunal literario cosmopolita». Forssell compartía esos temores y añadía que las opiniones internacionales «tendrían un efecto en los nervios de la Academia mucho más grande que la crítica de su forma de repartir 6.000 coronas entre los escritores literarios de Suecia». Ambos escépticos podían haber añadido que la Academia Sueca carecía de la competencia necesaria para administrar la delicada misión puesto que dejaba fuera del círculo a los escritores más im-